



Anuario de Psicología

ISSN: 0066-5126

anuario-psicologia@ub.edu

Universitat de Barcelona

España

Lama López-Areal, Enrique de la  
La rebelión psicoterápica y la esperanza en el pasado  
Anuario de Psicología, vol. 39, núm. 2, septiembre, 2008, pp. 271-276  
Universitat de Barcelona  
Barcelona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=97017403010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Un par de reflexiones finales más quizá merezcan la pena señalarse: (1) la “sociología” no explica la “psicología”, como la bioquímica no explica la psicopatología (tampoco, hoy por hoy, al revés), y las explicaciones *post hoc, propter hoc*, sin propuesta de hipótesis explicativas y predicciones que se puedan evaluar transforma el pensamiento “científico sociológico” en filosofía o ideología (lo que no es malo, pero sí muy insuficiente) y aleja los resultados de los análisis expuestos (en los que se mezclan muchísimas cosas que se mueven a muy distintos niveles) de un pensamiento que pueda fermentar el conocimiento que tenemos con la ciencia psicológica y (2) existe una carencia total de alternativas de pensamiento “positivo”, de acción y de críticas a opciones ideológicas alternativas al “neoliberalismo” (y desde luego existen, incluso como “otras globalizaciones”). Y, una de dos, o lo que tenemos es lo que tenemos y mejorable o es lo peor de los mundos posibles (excepto alguna excepción que se recoge, pero que no es nada abundante, ni representativa). Personalmente creo que no existe más que en el desideratum de muchos políticos (incluso de los científicos que se introducen en la política) la firme creencia de “un” pensamiento único sino que existen casi tantos “pensamientos únicos” como grupos y grupúsculos existen en cada núcleo social. Y, desde luego, resulta muy difícil de casar globalización con individualismo a nivel operativo.

En resumen: un libro que debería ser leído y pensado. Y que debería ser continuado con otros o desde otra perspectiva, o con otro tipo de análisis en el que se incluyeran algunas propuestas junto a los movimientos anti-globalización, probablemente tan integristas como los fanatismos de tipo religioso o ecologista. Felicidades al compilador y al resto de autores, al menos porque, como estas líneas demuestran, parece que, afortunadamente, nos encontramos algo alejados de ese pensamiento único, pese a los esfuerzos que el neoliberalismo económico y el socialismo económico y político intentan lograr; la psicología y el pensamiento psicológico, al menos, se escapa. Como, por otra parte, ha hecho siempre, desde que existe.

Vicente Pelechano  
Universidad de La Laguna, Tenerife

### **La rebelión psicoterápica y la esperanza en el pasado**

Tenemos que volver a mirar hacia el pasado para recuperar la esperanza de entender en qué metimos la pata: el mundo se hizo global sin haber dejado de ser anómico, antes bien: se globalizó como consecuencia de la desregulación favorable a los mercados sin fronteras. Pero en la globalización, algo le acontece al globo y en él a nuestras cabezas. A menos que, como anuncian ya algunos economistas, el globo pinche o se deshinche a consecuencia de la ineludible mediación del transporte y el encarecimiento y escasez de carburantes en el seno de las crecientemente malas relaciones entre producción, distribución y consumo, van a ser -¡son ya!- muy lamentables los efectos que en la mente humana provoque la “anomía global” en que vivimos. Y de eso trata este libro: de lo que pasa en los humanos con mente y en la mente de los humanos cuando la población se ve globalmente afectada por la falta de vínculos, de identidad y de valores normativos (“anomía

*Anuario de Psicología*, vol. 39, nº 2, septiembre 2008, pp. 269-281  
© 2008, Universitat de Barcelona, Facultat de Psicologia

social” según E. Durkheim), a medida que, para favorecer los mercados, van desactivándose “liberalmente” los mecanismos jurídicos que puedan garantizar derechos con carácter general (“a-nomía” a secas, “sin ley” o “desregulación”, en el sentido más literal). ¿Cómo seguirá afectándonos mentalmente el hundimiento de lo que ya está irreversiblemente globalizado pero también abocado, sin embargo, al derrumbe, cuando llegue a hacerse insostenible la pируeta arquitectónica de una economía altamente artifactual (todos sabemos que un artefacto es algo hecho artificialmente) y especulativa, sin base suficiente en el trípode “producción-distribución-consumo”? Los expertos que no estén decididos a mentir reconocerán (ya lo hacen) que el desplome no puede tardar mucho. Cabe estar avisados, además, de que, aun no siendo poco el dolor mental de quienes lleguen a conocer a fondo los quebrantos de la insostenibilidad y el temible hundimiento de lo vigente, aún sería más indeseable el “triunfo” (que alguna derrota arrastra para alguien) de la rara habilidad de unos pocos para mantener insolidariamente erecta la peripecia globalizadora a costa de la impotencia de la mayoría. Pero aun sin que avancen más los efectos globalizadores y sin esperar al derrumbe de lo insostenible, ya están a la vista los generales efectos de una pérdida de identidad, valores normativos y vínculos. Tales pérdidas globales generan intenso sufrimiento entre los habitantes humanos del planeta. Otros habitantes no humanos (batracios, abejas, árboles,...) se limitan a desaparecer silenciosamente, sin quejas o sin que, al menos, podamos oírlas.

Pero este libro, osado y denunciante, también trata de la esperanza en una rebelión pendiente, cuando han pasado cuarenta años del intento de Mayo del sesenta y ocho. Aquí se postula la necesidad de laborar a favor de los vínculos emocionales y afectivos entre personas humanas, para rehabilitar las conciencias, propagar nuevas actitudes higienizadoras y desarticular ilusionadamente la falaz estrategia lingüística que afirma que las palabras “individuo” y “átomo” significan no ya íntegro o entero (en una época en la que su desintegración deviene fuente principal de energía, tanto física como de fuerza de trabajo) sino aislado o solitario. “Ande yo caliente, riase la gente” es una buena síntesis del egoísmo insolidario, hecha en pasados siglos a partir de la observación popular reiterada, pero se logró gracias al lenguaje corriente, sin necesidad de pervertirlo. Hoy somos mucho más sofisticados: se miente más y se pervierte impunemente el lenguaje. Hay predicadores éticos de la actual post-modernidad, que, por reacción contra el “rigorismo kantiano”, defienden la moda americana de que “mentir no es tan malo”, e incluso puede ser un deber porque entraña la posibilidad de favorecer las propias conveniencias. ¿Les suena Irak? El problema está en aclarar, entonces, para qué sirve el lenguaje y cuáles son sus reglas. Átomo e individuo (“indiviso”) significa, nada menos, enterizo, íntegro y sin doblez, lo que siempre se consideraba una saludable virtud; pero ahora nos han convencido de que “individuo” significa solo y desvinculado, lo cual constituiría, de ser posible, una desgracia, que sin embargo nos está siendo vendida a diario, en el mercado de la más rabiosa actualidad, como colmo y medida de la mayor potencia narcisista: la capacidad de bastarse a sí mismo. Átomos sueltos ¿alguien los ha visto? Sólo en laboratorios y más especulativa que presencialmente. Los átomos “existen”, pero únicamente “están” agregados, formando moléculas, y las moléculas formando cuerpos y fluidos. Y lo que hoy no hay son cuerpos o fluidos sociales porque los vínculos sin garantías se degradan y las garantías jurídicas están pervertidas por las concepciones neo-liberales y neo-conservadoras: sólo querrían que se garantizase, ya, el éxito mercantil en condiciones universalmente homologadas, y eso podría lograrse, quizás, mediante una democracia formal apta para la exportación.

Para la exportación de grandes déficits democráticos, que son eficaces y efectivos en procurar resultados económicos inmediatos, aunque reviente el mundo, se desportille el medio ambiente y enloquezcan de envilecimiento narcisista los pobres humanos llamados al glamour de las nuevas sirenas.

Este libro, que no puede incidir directamente tanto como quisiera en un necesario rearme moral de la especie y en el imprescindible repunte venidero de la regulación universal de garantías sociales para la protección de la vida humana, sí puede, al menos, poner su esperanza y la de los lectores en una orientación psicoterapéica de la rebeldía a favor de los vínculos afectivos y emocionales entre miembros de la especie. Así que, ¡vaya!, -dirán algunos- ¿un nuevo libro coyuntural y oportunista que promueve y publicita los beneficios de una actitud (la mentalista actitud psico-higiénica y psicoterapéica) ya caduca, en lugar de promover los beneficios de las más serias profesiones, con más prestigio y poder real, como la psico-farmacología y las tecnologías punta, más o menos emparentadas con la industria bélica? ¿Un nuevo intento de esa pandilla de desharrapados resentidos, hijos del “mayosesentaiochismo” y de la modernidad ilustrada y carroza, para asomar la nariz y meterla irrumpiendo incómodamente en el puro ámbito de la aséptica y glamourosa post-modernidad an-ética, limpia de polvo y paja? ¡Ojalá podamos meter la nariz y sacar la pata! -responderían los autores de este libro. En realidad, sin abusos de lenguaje, éste es un libro de contenidos bastante menos coyunturales y oportunistas, y por tanto menos optimista, que los habitualmente enarbolados por el pensamiento único: sí, ése que no contiene ni un solo pensamiento, pero que, en su pura y cristalina perfección transparente, hace evidentes las más pragmáticas intenciones. Ese es el pensamiento que hoy ya sostienen en público muchos que hasta hace poco todavía cultivaban el (*sucio y bajo?*) pensamiento crítico: o sea, fundador y socabador de lo no fundamentable. El egoísmo individualista no es fundamentable como “bien común” sino sólo como lo que es: egoísmo individualista. Otra cosa es si somos capaces de practicar lo fundamental: que el “bien común” es un egoísmo colectivizador, una necesidad socializadora inesquívabile, requerida por la convivencia social e imprescindible para la supervivencia biológica de la especie y de cada uno de sus miembros aún no feneidos.

Hoy los dirigentes no necesitan justificar ni legitimar sus ideas, y en especial no necesitan fundamentar la de que el Estado es una gran empresa obligada a hacer beneficios y a retirar las trabas que impidan producirlos. ¿No vemos proliferar (y encima nos gritan y riñen) a los apologetas de la desregulación que, con el bienpensante pretexto –hecho coartada– de que hay que acabar con las burocracias de la nomenclatura, desearían acabar con lo que consideran “trabas al desarrollo”? ¡Claro que habría que acabar con todo eso, pero no a base de desregulaciones que conviertan la sociedad en una selva de humanos estratégicos sin escrúpulos! ¿De qué “desarrollo” nos están hablando? Pensadores respetablemente críticos hasta hace bien poco (a alguno de los cuales se cita todavía en libros como éste, pero no por mucho tiempo) defienden ya sin ironía que en el Estado postmoderno los fondos públicos deben servir para satisfacer y propagar el mal gusto de aceptación “popular”, porque quienes asumen las tendencias a la degradación son más que los dispuestos al sostenimiento del buen gusto. *Panem et circenses*. La falta o la insuficiencia de regulación disuasoria de la degradación del gusto por los “medios de manipulación de masas” (las tres “emes”!), tiende a convertirse en la matriz de un negocio seguro, porque “cuesta abajo y sin frenos hasta las heces corren”. El pudrimiento avanza con espontánea ferocidad creciente, a ritmos de constante aceleración exponencial.

No es tan coyuntural y oportunista este libro que, al proclamar discreta e implícitamente y sin gritos ni regaños, la rebelión de intentar mantener una actitud de higiene mental y de sensibilidad psicoterapéica, propicia vínculos solidarios, denuncia la promoción de los sufrimientos humanos a gran envergadura y proclama que aunque los dolores sean “nada más” físicos (la rotura del meñique, por ejemplo) siempre son, además, necesariamente mentales. Proliferan las enfermedades que justifican el uso de nuevos fármacos. Aparecen “nuevos diagnósticos” y “nuevos fármacos” incluso para tratar “trastornos mentales” a los que se les supone un trasfondo psico-orgánico, neurofisiológico, y genético, en definitiva “corporal”. Pero ¿qué es “tratar”? ¿Qué es esto de “corporal y mental”? ¿Qué ha llegado a significar “persona”? ¿Qué enfermedad puede decirse que es el “glamour”, el mal gusto, la chabacanería “kitch” de los voceros de la fama y de sus cómplices y munidores del “paparachismo” y “la dolce vita”? Cuando papanatas y paparachis dominan el mundo, el espectáculo caníbal globalizado está servido. El carnavalismo caníbal, convertido en “glamour escénico”, deviene su propia documentación propagandística y ya sólo cabe estar contra la imagen si no se quiere caer bajo la imagen (con Derrida, Bauman y Braudillard, aproximadamente). Y de eso trata también este libro no tan coyuntural y oportunista como para resultar optimista: el libro contempla su propio fracaso y el de sus postulados salutíferos. En él se reconoce la lamentable inviabilidad de una deseable rebelión psicoterapéica, de la que nos alejamos más y más a medida que se hace más necesaria, como pasa, hoy por hoy, con el cumplimiento del protocolo de Kioto, el Tribunal Penal Internacional, el control de los transgénicos, la regulación de la sopa electromagnética en que nos cancerizamos a diario en las sociedades avanzadas, mientras matamos de abandono a los portadores de nuestra única esperanza supervivencial: los emigrantes.

Es decir que el libro que comento, ni oportunista ni optimista pero confío en que tampoco desesperante, es un vivo alegato realista, la voz potente de una queja que anuncia “acontecimientos por venir” (Derrida) nada halagüeños, ante los que lo único que no vale para nada es taparse los ojos. Es un libro valiente y lúcido en el que editor (Herder), compilador (Antoni Talar) y numerosos autores (trece en total) asumen una ejemplar responsabilidad. Son muchos autores (nada supersticiosos, puesto que trece) y muchos enfoques compatibles de posibles vías y líneas diferentes de trabajo que, custodiando en común las ventajas del compromiso pragmático-ideológico, sustentan diversas prácticas psicológicas cargadas de intención fundamentadora y crítica. Intentan así hacer frente común contra la proliferación especulativa de teorías bienpensantes que le lavan la cara y sanean la cuenta corriente de los grupos de presión que dominan el mundo. Entienden que hemos pasado de “la época del poder y contrapoder” a la de “la hegemonía” (Gramsci, Braudillard) y comparten alternativas basadas en la consideración de “la mente como dimensión, vía de acceso y exigencia de personalización”, en pos de una existencia algo más autónoma, algo más solidaria y algo más gozosa (Font y Gol): no anómica ni meramente heterónoma. Si de lo que se trata no es ya de enfermedades sino de sufrimientos, lo primero que habrá que hacer es desenmascarar la hipochondriasis social y el prurito medicalizador del “Estado clínico” (Sabater) que extirpa, anestesia, somete y priva de autonomía y de valencia social positiva a los sujetos convertidos en átomos, individuos disociados, des-asociados e infirmes. A estas alturas ya deberíamos ser conscientes de que los tratamientos sintomáticos o de alivio y la esculturización plástica de los cuerpos nos privan de conciencia en un doble sentido: eliminan la posibilidad de que nos hagamos conscientes y nos alejan del remordimiento por la pérdida de los valores cuya degradación causa el dolor mental y el remordimiento que quisiéramos aliviar.

Si no nos queda la opción de declarar “sin mente” o “sin conciencia” a los humanos o de acusar de “talibán” a la mayoría de la especie para poder combatirla y eliminarla “en defensa propia”, si no acabamos por renunciar a tratarnos unos a otros “como si tuviéramos un alma” (aunque nadie postule que el alma exista, como aclaró Wittgenstein), si nadie hace de la existencia de la libertad una tesis filosófica o científica harto discutibles sino un obvio reconocimiento de los niveles de intimidad (consciente o inconsciente y a veces inconfesable) en que asientan las decisiones, si no damos ya por perdido “el mismo barco” en el que viajamos todos, aún nos queda la opción de agruparnos en torno a la noción de “lo mental”: declararemos mentales a todos los aconteceres humanos, incluida la creciente perversión de los programas I+D, que cada vez más tienden a invertir e invertirse en D+I: Drogas e Información manipulada, o D+P: Desinformación y Propaganda. Seamos conscientes de que vivimos en “estado de excepción” (Agamben), que donde hay decretazos no mandan parlamentos, y de que nunca podremos eliminar la mente porque ni en los más indudablemente físicos y parciales de mis sufrimientos (como quebrantar mi dedo menique) deja de participar nunca la persona completa ni de producirse siempre “dolor mental”, aunque anestesiemos la sensibilidad periférica. ¿No se entiende que las exigencias éticas emanan de una “fisis” que es “nomos” y que constituyen la mejor inversión biológica de nuestro egoísmo colectivo (Wagensberg)? Frente a la primera opción de declarar sin mente a los humanos, muy justa y necesariamente rechazada de entrada porque se la reconoce letal pero en gran medida vigente y en próspero desarrollo, este libro valiente y comprometido con la vida y la esperanza opta por todas las opciones contrarias a aquella primera: *Memento mentem habes*.

¿Y qué es tener una mente? Es tener memoria y recuerdos, almacén de bits y vínculos afectivos, genoma y epigenoma, programas y activación o desarrollo de los programas, pre-inscripciones (programa o lenguaje genómico) e idiomatización (contextos y sintaxis o tejidos de lo preinscripto), determinación (materia) y sentido (valores). Tratar con mentes es volver atrás respetando los orígenes y sacar la pata de donde no quieren que metamos la nariz. Tratar con mentes es reparar, volver a pararse y regresar (retro-progresar) para rescatar del pasado, por afecto, por justicia y por deseos de restauración, lo que fue maltratado cuando unos a otros nos privamos de reconocimiento personal. Epicuro llamó *therapeia tés psijès* (psicoterapia) a los diálogos éticos que se practicaban en su Jardín: Diálogos (*logos* en *diastesis*) sobre hábitos comportamentales, sobre costumbres (*ètos*), con los que él y sus amigos confiaban en evitar o aliviar ciertos sufrimientos y orientarse mejor en sus vidas. ¡La de quebraderos de cabeza que asumimos por preferir ser “pacientes” (pasivo-receptivos) a “agentes” (sufridores, de *sub-fero*, el que soporta, el que asume, el que lleva encima)! Epicuro pudo hacerlo después de una gran crisis (la del *demos* en la *polis*) de la que a duras penas levantamos cabeza durante dos largos milenarios y tercio. Nosotros vamos a tener que intentarlo, me temo, antes de que la crisis llegue. Pero me parece que lo irreversible de la globalización constituye ya una crisis o ruptura o giro, algo ya ocurrido o sido, con lo que forzosamente tendremos que apechugar. Ojalá sepamos hacerlo con nobleza y naturalidad, naturalizándonos con la naturaleza a partir del reconocimiento de nuestro carácter de personas, que lo son quienes intimamente optan y adoptan una actitud de la que responden, para responder a una situación. Ojalá lo vayamos haciendo ya, antes de que el triunfo insostenible de unos pocos, en esta civilización y cultura de mercado, imponga a la inmensa mayoría un terrible e insoportable “malestar en la cultura”.

¡Buena suerte con la lectura de este libro, lleno de sensibilidad, valentía y buen gusto! El buen gusto, hoy, no puede ser cobarde. El mal gusto imperante no puede ser valiente. El envilecimiento de los que pueden imponer dolor a los más débiles, nunca puede gozar de valentía ni de buen gusto, porque carece de toda sensibilidad. ¡Ojalá se sientan aludidos muchos de los que, con toda seguridad, no leerán este libro!

Enrique de la Lama López-Areal  
Fundació Vidal i Barraquer, Barcelona

GONZÁLEZ PARDO, H. Y PÉREZ ÁLVAREZ, M. (2007). *La invención de trastornos mentales. ¿Escuchando al fármaco o al paciente?* Madrid: Alianza. (1<sup>a</sup> reimpr. 2008.) 350 páginas.

#### ¿Más conductismo y menos Prozac?

Cuando a uno le tachan públicamente de inmoral tras haber escrito un libro puede darse por satisfecho si lo que pretendía era poner el dedo en alguna llaga. El Dr. Marcos Huerta, como miembro de la junta directiva de la Sociedad Asturiana de Psiquiatría, declaró al periódico *La Nueva España* de Oviedo (02/12/07) que «hablar de la invención de las enfermedades mentales en un país donde hay más de 400.000 personas que sufren esquizofrenia no sólo es frívolo, es inmoral. Seguramente es una mezcla de ignorancia [...] y de intereses espurios, bien personales o corporativos». Los autores replicaron en el mismo periódico al cabo de pocos días subrayando lo obvio: que esa crítica parecía estar basada en la mera lectura del título y no en la del libro completo. Héctor González y Marino Pérez no niegan la existencia de problemas psicológicos. Niegan que estos problemas deban tratarse como enfermedades: «los trastornos mentales, sin dejar de ser reales y algunos suponer un enorme sufrimiento, lejos de ser entidades naturales como, por ejemplo, la diabetes, la hepatitis o el alzheimer (éstas sí son enfermedades), son entidades interactivas [...] susceptibles de ser influidas (modeladas y reconstruidas) por el conocimiento que se tenga de ellas, incluyendo la cultura clínica de la gente, la sensibilización de la población y las prácticas clínicas (teorías, diagnósticos, técnicas, etcétera). Por eso pueden terminar como supuestas enfermedades, pero no porque estuvieran ahí dadas esperando a ser descubiertas (diagnosticadas), sino por una serie de factores y actores implicados en una escala cultural» (*La Nueva España*, 09/12/07).

La anterior cita ya nos proporciona las claves de la tesis que se sostiene en el libro: existen –nadie lo pondría en duda– problemas vitales, pero convertirlos en problemas médicos, en enfermedades, no es la mejor manera de enfrentarse a ellos. Asimilarlos a un modelo clínico como el de la medicina equivale a crear lo que antes no había: una enfermedad que, por analogía con las enfermedades físicas, debe diagnosticarse de acuerdo con ciertos criterios nosológicos y someterse a un protocolo terapéutico en el que, además, la función más importante la desempeñan los fármacos. Como es de esperar, en el libro resuenan los ecos de la antipsiquiatría, y de hecho el Dr. Marcos Huerta, en las declaraciones que mencioné arriba,